PRESENCIA

LOS NACIONALISMOS

No vamos a hacer la historia del "nacionalismo argentino" ni a efectuar su defensa o su crítica. La revista *Veritas* del 30 de septiembre del corriente año acaba de hacer la historia de este nacionalismo en un cuadro fiel a la realidad. Nuestra tarea se va a ceñir a un esclarecimiento teórico del nacionalismo y ello principalmente desde un punto de vista católico. No habrá de extrañarse el lector por cuanto el nacionalismo se propaga entre nosotros en ambientes católicos que hacen cuestión de fidelidad a las directivas de la Iglesia; y además sus enemigos hacen valer contra él la más mínima insinuación de la Santa Sede o que se presuma de ella.

Como el nacionalismo es un término polivalente, que admite también realizaciones harto reprobables, habremos de efectuar las distinciones necesarias para rechazar unas o aceptar otras. Lamentablemente es ésta una cuestión polémica cuya consideración se acomete con espíritu sectario. Para muchos resulta fácil ubicar al adversario en un casillero donde se lo pueda encuadrar y acribillar luego mejor. Pero en política, que es tan cambiante y que se modela sobre la realidad, esto es sumamente peligroso. Por ello un político auténtico prefiere, a veces, rehuir este encuadramiento, máxime con un vocablo como el de nacionalismo, que admite tan diversas aplicaciones.

Por todo ello, vamos a intentar dar sobre el nacionalismo la precisión suficiente que permita distinguir sus diversos tipos y, sobre todo, hacernos de un criterio que discierna del que no lo es, al nacionalismo aceptable.

Sobre el concepto de estado nacional y de nacionalismo jacobino

Quien dice nacionalismo, dice, de alguna manera, una realidad en torno al concepto de nación, o mejor, de estado nacional. Ahora bien, corresponde advertir que en la historia de la civilización cristiana existe una época, de gran florecimiento cultural, en que el gobierno del pueblo no se cumple sobre la base de la nación. Y no porque no existieran las naciones sino porque no existían como entidades políticas o estatales. Existían las naciones de pueblos eslavos, germanos, hispanos, galos, etc., pero no había estados que correspondieran a esas naciones.

El concepto de nación importa el de un agregado natural humano, unido por un lazo espiritual. No es propiamente el territorio, la raza o el idioma lo que constituye una nación —aunque éstos sean elementos que la caracterizan— sino el conciente esfuerzo común en un determinado patrimonio cultural. La conciencia de una cultura común determina la nacionalidad. Pues bien; en la Edad Media, la patria no se identificaba con el estado nacional. Sin duda que el hombre de este período poseía un sentimiento de patria fuertemente marcado, pues estaba más que hoy ligado al terruño. Pero por mucho que se sintiera ligado a la vida del lugar o de la ciudad, nunca hubo entre él y los ciudadanos de otras comunas aquellas esciciones rígidas e insuperables que se manifiestan al aparecer los *estados nacionales* de Europa. Hasta entonces toda Europa era la *república cristiana* o *Cristiandad*, que tenía un carácter ecuménico o universal sobre la base de una misma fe y comunión religiosa.

Pero en el Renacimiento el hombre se seculariza, y la idea de Cristiandad se debilita. Y al debilitarse tiende a desaparecer la idea de valor religioso como valor supremo de la vida; la política, en cambio, que entonces se identifica con el monarca o el príncipe, se absolutiza y adquiere categoría de valor supremo, sin instancia superior. De esta época es el concepto de monarcas absolutos como Felipe el Hermoso y la Razón de Estado del "Príncipe" de Maquiavelo.

Con la Reforma se refuerza el concepto de unidad y de independencia nacional. El mismo Lutero, en su llamado *A la nobleza cristiana de la nación germánica*, valora al estado como representante de Dios sobre la tierra. Tanto en Inglaterra como en Francia y Alemania el estado se identifica entonces con la voluntad del monarca. Particularmente en Francia, donde el estado adquiere forma unitaria y centralizada.

Pero la transformación del estado apoyado en el monarca, en el estado apoyado sobre el pueblo o nación se verifica en Francia con Rousseau, quien, el primero, va a sostener en *El Contrato Social* que la soberanía o autoridad pública se genera en la voluntad de los gobernados para pasar de allí a los gobernantes, que no son sino sus representantes. El pueblo, mediante el sufragio, es el creador de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto y autor soberano de toda ley. La voluntad de la nación, esa es la ley, a merced de la cual queda la vida misma de los ciudadanos. (*El Contrato Social*, libro II, cap. 5).

Las ideas de Rousseau van a obtener cumplimiento en la Revolución Francesa. Siéyes ha de afirmar que el *Tercer Estado, eso es la nación* y el III Artículo de "La declaración de los Derechos del Hombre" coloca "el principio de toda soberanía esencialmente en la nación; ningún cuerpo, ningún individuo puede ejercer autoridad que no provenga de ella de un modo expreso". Y Robespierre y Saint Just se ponen en la tarea de reformar a los hombres en las ideas de Rousseau, y para ello crean un poderoso aparato estatal del cual cada individuo no es más que una pieza. Bajo el lema de la *république une et indivisible*, se implanta la infalibilidad de la autoridad, no del monarca, sino de la nación representada en los detentores del poder. Se centraliza todo el gobierno, la legislación, la administración pública, la religión, el idioma, el asesinato legal bajo la figura del terror revolucionario. Se destruye toda vida local y se unifica unitariamente el país. *Con el jacobinismo impera un nacionalismo libertario y democrático, abiertamente exagerado.*

El nacionalismo jacobino, que se prolonga en los gobiernos liberales y socialistas de la tercera y aún de la cuarta república, había de combatir a la Iglesia, estableciendo el laicismo y el liberalismo absoluto; había de destruir toda fuerza y valor social como la familia, la corporación o agremiación profesional, el municipio y aun los valores personales. En el campo educacional se hicieron visibles los estragos producidos por este estado nacionalista jacobino que, después de destruir los derechos inviolables de la Iglesia y de la familia, implantó el monopolio educacional, laico y obligatorio. La acción disolvente de la rica vida social francesa se cumplió en virtud del absolutismo de este nacionalismo jacobino y en virtud de los principios liberales que lo inspiraban.

El nacionalismo exagerado

Hemos visto cómo a través de los últimos cinco siglos se realiza el concepto de *estado nacional*. Es ésta una realidad *histórica*. Pero el nacionalismo jacobino encierra, además del concepto de estado nacional, una política centralista y absolutista en base a la nación; y encierra, además, una política del ideario *liberal* preparada por el filosofismo del siglo XVIII e impuesta por la Revolución Francesa.

Existen falsos o exagerados nacionalismos. La exageración se produce —y admite grados— cuando se saca de su órbita propia al valor nación y se lo usa como realidad política. Porque la nación no es, de suyo, un valor político sino cultural. Así lo advierte Pío XII en la Alocución de Navidad del 54, con estas palabras: "La substancia del error [del estado nacionalista] consiste en confundir la vida nacional, en sentido propio, con la política nacionalista: la primera, derecho y honor de un pueblo, puede y debe promoverse; la segunda, como germen que es de infinitos males, nunca se rechazará suficientemente". Y ¿en qué consiste la vida nacional? "La vida nacional es por sí misma el conjunto operante de todos aquellos valores de civilización, que son propios y característicos de un determinado grupo, de cuya unidad espiritual constituyen como el vínculo. Al mismo tiempo esa vida enriquece la cultura de toda la humanidad, dándole como su contribución propia. En su esencia, la vida nacional es algo no político, de tal manera que, como lo demuestra la historia y la experiencia, puede desarrollarse junto a otras dentro del mismo estado, como también puede extenderse más allá de los confines políticos de éste".

Un caso ilustrativo de lo que aquí enseña el Pontífice nos lo ofrece el Canadá. Hay allí dos vidas nacionales, la francesa y la inglesa, en un único y mismo estado; por otra parte, la vida nacional francesa no se circunscribe al estado de la República Francesa sino que rebasa los límites políticos de ese estado y se desenvuelve en el Canadá.

¿Cuándo llegó a ser principio de disolución y de discordia la vida nacional? Contesta el Pontífice: "Cuando comenzó a ser aprovechada como medio de fines políticos;

esto es, cuando el estado dominador y centralista hizo de la nacionalidad la base de su fuerza de expansión. Nació entonces el estado nacionalista, germen de rivalidades e incentivo de discordias". El asunto es claro en Europa. Si cada grupo nacional quiere constituirse en una unidad política, allí donde las naciones y los estados se entremezclan sin coincidir en muchos casos, se produce una serie de rivalidades y discordias. De allí se sigue que "lo nacional" no debe ser invocado como motivo de unificación política. ¿Qué sería de Europa si se pretendiera crear otros tantos *estados* cuantas son las nacionalidades, y se impusiera la unión de germanos con germanos, vascos con vascos, francos con francos y eslavos con eslavos? Se introduciría un principio sin fin de rivalidades y discordias. De este mal, entre otros, adoleció el nacional-socialismo de Hitler, como lo denuncia Konrad Adenauer en "Un mundo indivisible". Además esta utilización política de las nacionalidades impide, como advierte el Pontífice, que Europa tienda a cierta unidad política, con un vínculo común. Un principio que así impide una unión que sería saludable para la paz de Europa y del mundo no puede ser sino reprobable. No puede ser bueno un principio que hace olvidar a los pueblos su unidad superior en la civilización y en el género humano.

Pero además de ésta, puede haber otra exageración en el nacionalismo que es también señalada por el Pontífice. Dice en efecto en la *Summi Pontificatus*: "Considerar el estado como fin, al que deba subordinarse y dirigirse todo, sólo podrá tener consecuencias nocivas para la prosperidad verdadera y estable de las naciones. Y esto sucede, o cuando este dominio ilimitado se atribuye al estado, como mandatario de la nación, del pueblo, o sólo de una clase social, o cuando lo reclama el mismo estado como absoluto señor, independientemente de todo mandato". Es decir que sobre la base del estado-nación se puede ejercer una política absolutista en el orden exterior de los estados o en el interno de la propia nación.

Este absolutismo de estado proviene generalmente del desconocimiento de la ley natural; por eso en él puede incurrir tanto el estado "totalitario" como el "liberal". Pues ambos olvidan que los derechos y las obligaciones proceden en última instancia de la ley natural que prescribe la órbita limitada en que pueden desenvolverse la persona humana, las asociaciones particulares y el estado. De aquí que el positivismo jurídico, que alimenta tanto los estados "totalitarios" como los "libertarios", sea el causante de estos abusos de poder.

Afirmado el principio de limitación del estado queda por fijar la zona dentro de la cual debe éste desenvolverse. Y en lo que al exterior se refiere, existen los derechos sobrenaturales de la Iglesia y los naturales del género humano, que el estado debe reconocer como superiores. En virtud de ello, ningún pueblo puede oponerse a la predicación cristiana en su territorio; y tampoco puede obstaculizar, por ejemplo, la libre navegación de los mares o de un canal marítimo como el de Suez. En lo que al interior se refiere, una política puede ser absolutista si atropella derechos de la persona humana o de la familia o de las organizaciones profesionales. Como advierte Pío XII, "hay ciertos derechos y libertades individuales —de cada individuo— o familiares que el estado debe siempre proteger y que nunca puede violar o sacrificar a un pretendido bien común. Nos referimos, prosigue el Papa, para citar solamente algún ejemplo, al derecho al honor y a la buena reputación; al derecho a la libertad de venerar al verdadero Dios, al derecho originario de los padres sobre sus hijos y su educación". (5. 8.50).

Diversos nacionalismos exagerados

Hemos expuesto con alguna detención la exageración en que puede incurrir un nacionalismo. Quédanos pasar revista a los diversos nacionalismos que se dan en la historia. Hemos hablado del nacionalismo jacobino, el cual es exagerado y perverso no sólo por la forma de absolutismo que en él reviste el estado sino también por los principios del liberalismo que sustenta. En este régimen se hace de la libertad, aun cuando ella conduzca al error y a la ruina, el supremo atributo del hombre. No acuerda derechos a la verdad sino sólo a la libertad. En la práctica, un régimen absoluto de libertad es el reinado del poderoso, que abusa del débil, y así vemos que el liberalismo se traduce en los hechos por el régimen capitalista, en que las naciones fuertes abusan de las débiles y en que, dentro de un estado, los grupos financieros monopolistas devoran a los débiles. La historia del liberalismo político, económico y espiritual del siglo XIX, hasta la guerra del 14, es una triste historia de crímenes colectivos.

Nada extraño entonces que después de la guerra del 14, que es fruto también ella, como lo es la del 39, del liberalismo, se produjera una reacción en contra del liberalismo. Y entonces aparecen nacionalismos de otro signo que el liberal con que se presentó el nacionalismo jacobino. Y tenemos el fascismo, el nacional-socialismo de Hitler, el nacionalismo comunista de China Roja y de los países subdesarrollados y los otros nacionalismos posibles. Estos nacionalismos toman su caracterización y nombre de la concepción de la vida en que se encuadran. Vamos a referirnos a ellos.

Como *nacionalismo racista* fué caracterizado el alemán de Hitler porque toda la organización del estado descansaba sobre el concepto de la nación y ésta, a su vez, sobre la raza germánica, estableciéndose al mismo tiempo la superioridad sobre cualquier otra raza de la raza aria, la cual se conservaría pura en los alemanes. La conservación y cultivo del vigor de la raza se debía procurar por todos los medios, pues de ella derivarían, como de fuente principal, todas las cualidades intelectuales y morales del hombre. La raza constituía así el valor supremo en una consideración axiológica, en torno al cual se hacían girar todos los otros valores sociales. El estado racista, por su parte, consideraba a cada hombre como un puro medio, cuya existencia dependía del estado y era para el estado, de donde no le adjudicaba en propiedad nada que de derecho no fuera una concesión del estado.

El carácter peligroso de tal estado fué denunciado por el que esto escribe en un folleto (*Entre la Iglesia y el Reich*) en 1937, y los acontecimientos pavorosos lo habían de manifestar en escala incalculable.

Aquí cabría considerar también el nacionalismo de los judíos, que es típicamente racista aunque con fuertes elementos teológicos. Y en el sionismo, que viene planteando la insoluble cuestión de Israel, se hallan como problema último los verdaderos o presuntos derechos de la nación y raza de Israel a ocupar la tierra que fué de sus padres.

Nacionalismo totalitario fué el de Mussolini, quien lo definió en la forma conocida: "Todo para el estado; nada fuera del estado; nada contra el estado". Como lo advirtió el filósofo italiano Gentile, en el Congreso Internacional Hegeliano celebrado en Berlín en 1931, el estado totalitario fué una invención teórica de Hegel, quien hizo del estado la forma suprema del espíritu objetivo.

Un estado absorbente de esta índole debía entrar en conflicto con la Iglesia, que celosamente se reserva para sí el campo interno y externo de lo espiritual. En un documento que aún hoy guarda actualidad, *Non abbiamo bisogno* del 29 de junio de 1931, Pío XI salió por los fueros de la Iglesia frente al poder absolutista de este estado.

Nacionalismo comunista o proletario. Quien ha seguido el movimiento comunista hasta la segunda guerra mundial, se sorprenderá de que se pueda hablar de nacionalismo comunista. El comunismo ha sido siempre un movimiento eminentemente internacionalista, que procura la unión de todos los proletarios del mundo para la Revolución socialista internacional. Ello es así; pero el comunismo, aun el leninista-stalinista-krushchevista, mantiene un gran sentido de la realidad y sabe cuán afincado está en los pueblos el sentido nacional. Por ello, después de la segunda guerra mundial, se había de impartir como directiva a todos los comunistas del mundo el que debían "sostener a todos los elementos verdaderamente patriotas que no estén dispuestos a vender a su patria, que quieren luchar contra la servidumbre de ella al capital extranjero, y salvaguardar la soberanía nacional de sus países". (*Declaración de Varsovia*

EL INFORME OLIVIERI

Reproducimos los párrafos centrales del Informe que el Almirante Olivieri, Embajador en la UN, ha hecho conocer a la Junta Militar. Este informe confirma lo que se sabe desde el 16 de junio de 1955: que el actual equipo gobernante gira incondicionalmente en la órbita de Inglaterra. Por ello nuestro país está trabado económica, política y espiritualmente. Inglaterra tiene interés en convertirlo en una factoría agrícola pastoril sin propia fisonomía ni voluntad nacional. (N. de la D.).

Si esto fuera así el Gobierno de la Revolución, en silencio, subrepticiamente, habría falseado las normas más sagradas de la economía y habría hipotecado nuestro porvenir.

Nunca podré ser cómplice de una política que nos disminuya como nación. No podría tolerar que mientras nuestros vecinos armonizan sus economías y se expanden, mientras tienden puentes económicos y físicos, mientras diariamente se engrandecen, nosotros por una extraña anomalía decrezcamos en nuestra potencia nacional y optemos por caminos que pudieron haber sido tolerados en otras épocas pero que hoy resultan anormales y suicidas.

¡Qué sugestiva y digna de atención es esta constante británica que habita siempre nuestras decisiones nacionales y que comprende desde la energía atómica hasta la consolidación de las deudas, incluyendo un empréstito tan impolítico como podría ser el de la Casa Baring!

¿Es que acaso hemos perdido la sensibilidad para percibir que son éstos patrones económicos-políticos definitivamente superados? ¿Qué explicaciones recibirá el pueblo en su momento frente a compromisos que nos pauperizan? ¿O es que la provisionalidad y la fuerza del gobierno de la Revolución son los títulos que legalizan la enajenación de nuestra riqueza actual y de buena parte de los bienes del futuro?

¿Tienen las Fuerzas Armadas conciencia y conocimiento de todo lo que ocurre? ¿Les inspira plena confianza el equipo económico que maneja la riqueza del país? Aún estamos a tiempo de rever nuestras decisiones y aún el deterioro de nuestra economía no ha llegado a ser letal, pero más no podemos esperar, so pena de dañar nuestras reservas definitivamente.

Las Fuerzas Armadas deben saber que su ignorancia en un proceso como el que acabo de describir a grandes rasgos, no es en manera alguna disculpable, por lo que no pueden impunemente dejarse instrumentar para la consecución de un programa que está vuelto a todas luces contra la Nación. Las Fuerzas Armadas deben saber que son la última instancia en la salvaguardia de los intereses nacionales, el último reducto de orden de la comunidad que ha delegado en ellas su custodia.

de 1948). Desde entonces el comunismo en todas sus formas —la stalinista y la troszkista— pone su fuerza, en los países coloniales y semicoloniales, en la lucha antiimperialista o de independencia nacional más bien que en la dictadura del proletariado. Pero es evidente que es ésta una posición táctica, y que este nacionalismo no es sino un medio encaminado, en las circunstancias concretas dadas, hacia la dictadura del proletariado. Por ello es éste un nacionalismo comunista o proletario.

Un nacionalismo democrático proletario. El tipo de nacionalismo comunista nos acerca a otro tipo de *nacionalismo* que llamaríamos *democrático proletario*, defendido entre nosotros por Arturo Frondizi en *La Lucha Antiimperialista*. Es éste un nacionalismo porque pone toda la fuerza de la política en la lucha antiimperialista o en la defensa de lo nacional. Es democrático porque lleva esta lucha a través de las instituciones democráticas y sobre todo a través del partido Radical. Es proletarizante porque se empeña en llevar esta lucha sobre el elemento *obrero*. Frondizi habla de "tres factores de poder: un partido político nacional y popular, las fuerzas obreras y las fuerzas armadas", (pág. 93). Por otra parte, previamente excluye del pueblo los grupos sociales privilegiados. "No podemos, dice, aceptar transacciones con esos grupos privilegiados ligados con los distintos sectores del imperialismo, y menos aún, con éste, cualquiera sea la forma bajo la cual se presente" (*ibid.* p. 93).

El carácter de este nacionalismo que excluye *los grupos sociales privilegiados*, por ende todo el sector de los empresarios, queda configurado con lo que leemos en la página 81: "Es por ello que los bajos niveles de desarrollo nos unen, no solamente a los países de nuestra América, sino también a los lejanos pueblos de Asia, Africa y Oceanía, donde millones de seres humanos tienen problemas aun más angustiosos que los nuestros".

Este nacionalismo democrático proletarizante nos lleva a considerar el *nacionalismo indigenista* o *telúrico*, que es precisamente el de estos pueblos subdesarrollados económica y espiritualmente, los cuales, por rechazar toda dominación y aun toda influencia extraña, quieren retornar a un estado cultural realmente atrasado. Este afán de atarse a lo nacional, a lo *propio*, sea lo telúrico, sea lo histórico cultural, puede encerrar un desprecio por la necesidad humana de intercambiar los valores culturales para asimilar los superiores aunque extraños. Así como es legítima la defensa de los propios valores, aun primitivos, en la medida en que tengan autenticidad, así también es reprobable el desconocimiento y desaprovechamiento de las formas superiores de civilización, so pretexto de atarse a lo nacional. Tal el nacionalismo del país hermano de Bolivia y de otros muchos pueblos de América y del Asia.



¡ Bárbaros !

Hacia una legítima política nacional

El estado democrático liberal, en que vivimos desde hace siglo y medio, constituye un nacionalismo jacobino nefasto y peligroso, pues ha llevado al mundo a dos guerras mundiales terribles y a los estados totalitarios modernos. Los estados nacionalistas que se han levantado para reaccionar contra el liberalismo de aquel nacionalismo jacobino han resultado igualmente nefastos y peligrosos. Corresponde entonces preguntar: ¿será posible hallar una política legítima que sin incurrir en exageración, esto es, en el absolutismo en base a la propia nación, defienda y promueva los valores de la nacionalidad dentro de una concepción humana y cristiana de valores? Sostenemos que, en efecto, es posible tal política. Otra cuestión, muy distinta sin duda, sería la de la conveniencia de llamar "nacionalista" o "nacionalismo" a tal política, dada la condición confusa y turbia que puede revestir este vocablo por las muchas realizaciones reprobables que ha encontrado estos últimos años. De hecho, hay que reconocer que este vocablo adquiere a veces un sentido peyorativo. Pero si el vocablo pudiera discutirse, es necesario que la realidad por él significada sea firmemente defendida. Y aún con respecto al vocablo se da el caso como ocurre en estos dramáticos días de Hungría que no se encuentra mejor denominación para individualizar a los luchadores de Dios y de la Patria que la de "nacionalistas húngaros". (*La Prensa* y *La Nación*, 12.11.56).

Cierto que el estado nacional es una adquisición histórica. Pero una adquisición histórica en sí misma legítima. La nación es la vida de un pueblo que tiene conciencia de su comunidad de destino. Comunidad en lo económico, lo político, lo cultural y, a veces, en lo religioso, como acaece en nuestros países de América. Y así como el nacionalismo exagerado consiste en absolutizar el valor nación en lo exterior y en lo interior, así el nacionalismo sano consiste, a su vez, en defender este valor relativo pero legítimo contra los enemigos de fuera y de dentro que quieren disolverle y destruirle. Defender el valor nacional en lo económico, lo político, lo cultural y lo religioso.

Si analizamos históricamente la corrupción de la vida nacional en nuestras jóvenes naciones de América, vemos que ella se opera por la introducción de los principios de la filosofía iluminista que hace del hombre individual la realidad fuerte, frente a la familia, la asociación profesional e interprofesional, la nación, la Iglesia, como si fuese un ente autónomo y absoluto, y como si por la más grande libertad de sus movimientos, sobre todo en el plano económico, hubiera de lograr la abundancia de todas las riquezas y con ellas su felicidad política y cultural. Tal la tesis de Alberdi en las *Bases*, y que por allí ha de inspirar la Constitución y la vida de la República.

Esta concepción implica la negación de que la economía de un pueblo es una realidad nacional, como enseña Pío XII en su Alocución a los miembros del Congreso de Política de los Cambios internacionales el 7.3.48. "La economía nacional, dice allí, en cuanto que es economía de un pueblo incorporado en la unidad del estado, es en sí misma una unidad natural que pide el desarrollo más armónico posible de todos sus medios de producción en todo el territorio habitado por el pueblo mismo". El liberalismo económico produce estragos en sus relaciones exteriores, porque deja al país a merced del vaivén de los ciclos económicos mundiales, y en el interior porque el desarrollo de su riqueza se efectúa en función, no del país mismo y de sus necesidades, sino de los centros mundiales económicos. Para corregir estos desórdenes no sólo es necesaria la constitución de toda la economía que se desarrolla en el ámbito nacional como una unidad sino también la organización profesional de las diversas ramas de la producción. También es ésta doctrina de la Iglesia, enseñada por Pío XI en la "Quadragesimo anno" y reiterada luego por Pío XII.

La defensa de lo económico en el plano interno y externo de la vida nacional implica, a su vez, la defensa en lo político. Porque los países poderosos se sirven de lo económico para ejercer influencia en lo político y al revés. Y así pretenden manejar la política de los países débiles, colocando y removiendo sus autoridades, a fin de obtener luego ventajas económicas. Para ello, los países poderosos suelen contar dentro del país que dominan con una red de intereses que les están vinculados. La independencia política del país débil sufre y se halla en peligro.

Esta influencia económica y política de los países fuertes sobre los débiles determina, a su vez, una difusión de doctrinas e ideologías disolventes como son el liberalismo, el socialismo y el comunismo, que producen una acción de ablandamiento, lo que permite a su vez una más fácil penetración. Ello se hace sensible en nuestros pueblos de América, educados por el recio catolicismo español, que hacía difícil la penetración inglesa. Pero a través de los principios liberales se han introducido entre nosotros las falsas libertades que han traído la secularización de la escuela, del matrimonio, de la familia y de la vida. Y así, en estos países educados y formados religiosamente, se cumple lo que decía recientemente Pío XII a los Administradores Cívicos cristianos de Italia: "Mas hay hoy hombres que quieren construir el mundo sobre la negación de Dios y otros que pretenden que Cristo quede fuera de la escuela, de los talleres y de los parlamentos". (22.7.56). Pero el católico que ama a su patria sabe cuán verdadero es lo que dice el mismo Pío XII: "A Dios pertenecen los hombres y las cosas, las estructuras y las instituciones, los continentes y las naciones: de Dios son, por lo tanto, las provincias y los municipios, y también éstos, como tales, deben darle gloria, deben tributarle el honor debido". (22.7.56). Se hace legítima entonces la acción contra el laicismo bajo cualquier forma con que éste se presente.

De aquí surge que puede configurarse una política que legítimamente defienda la vida nacional en el plano económico, político, cultural y espiritual contra los principios disolventes del liberalismo, socialismo y comunismo. Un nacionalismo abiertamente legítimo, sano y recomendable.

En realidad, lo que los enemigos

censuran como "nacionalismo" en nuestros países es la doctrina social-política que la Iglesia preconiza para los tiempos en que vivimos. Hemos demostrado esto con respecto a las falsas libertades económicas y políticas; podríamos demostrarlo también en el zarandeado problema de la democracia. Baste decir que una democracia *cualitativa* como la que propone Pío XII en su Alocución de Navidad del 44, en la que gobiernen los mejores, no puede lograrse a través del sufragio universal, instrumento *cuantitativo*, que *cuantifica* también toda la vida social y política de la ciudad.

Una política nacional bien entendida debe defender todos los valores de orden interno y externo que promueven la cohesión armónica del propio país, sin cerrar éste a los valores de otros pueblos y a los de la sociedad supranacional que es la Iglesia; al contrario, en la seguridad de que esta política nacional, sabiamente abierta, es la m e j o r garantía del engrandecimiento nacional dentro del progreso de los pueblos civilizados.

PRESENCIA.

CONFUSION SINIESTRA

Los acontecimientos registrados hace tres semanas en nuestras fuerzas armadas y que ponían de manifiesto un estado de tensión que todavía continúa revelan, a su vez, una situación de confusión en las esferas gubernativas que alcanza ya caracteres siniestros. Si en algún momento se impone limpieza de procederes es en el actual, en que los ánimos de la ciudadanía se hallan altamente excitados.

Ello nos obliga a denunciar la presente confusión de las esferas gubernativas que calificamos de siniestra. En su discurso en la ciudad de La Plata el Presidente había manifestado que nunca ha sido tan sólida la unión de las fuerzas armadas y días después en un reportaje a periodistas, del cual se hizo eco *La Nación* del 25.11.56, expresó que las tres fuerzas armadas son el puntal de la Revolución y que cualquier intento de disociarlas está condenado al fracaso. Pero la emisión de comunicados oficiales y la información periodística vino a poner en evidencia que las palabras presidenciales no se ajustaban a la realidad de los hechos. Había conmoción en las filas de las fuerzas armadas, como lo manifiesta el pase a disponibilidad de un alto número de generales con funciones del mayor mando en el Ejército. *La Vanguardia* (29. 11.56), que debe considerarse diario oficialista, explicaba que esta conmoción se producía como consecuencia de la investigación sumarial ordenada por el presidente de la República y el ministro de Ejército a raíz de un telegrama cifrado que anunciaba la conspiración en marcha. En efecto, el Servicio de Información del Ejército (S.I.D.E.) habría despachado un telegrama en el que se decía que el Ejército y la Aviación, como siempre unidos, manifestarían al Presidente que debía fijarse de inmediato la fecha de elecciones generales, aclarando, con maliciosa precisión, que la Marina no participaría de la gestión.

De todo ello resulta claro que existe: 1º) Disensión entre las fuerzas armadas; 2º) de éstas con el Presidente de la República y con el Ministro de Ejército; 3º) que este disentimiento versa sobre la conducción política del país, provocando la existencia de dos corrientes principales: la una, que es la oficialista, que quiere continuar la política del 13 de noviembre con un gobierno constitucional fraudulento y que para ello no repara en medios, incluso en la reforma de la Constitución; la otra, la del Ejército y Aviación, que quiere la entrega del gobierno a lo que resultaren elegidos en elecciones generales limpias, que deben efectuarse a la mayor brevedad.

Este estado de confusión en que el gobierno se debate y que tiende a crear con su política de doblez en puntos fundamentales, se acrecienta con otras discrepancias de criterio como la producida entre el ministro de Ejército, General Arturo Ossorio Arana y el Secretario General de la Presidencia, Coronel Arribau González. Mientras éste sostenía que en el Ejército la más alta jerarquía la tienen actualmente quienes lucharon por la libertad y no los del más alto escalafón, aquél mantenía el principio de disciplina militar que se concreta en los grados militares y el escalafón considerando inaceptable pretender substituirlos por méritos personales, reconocidos en cada caso por la gratitud nacional a los hombres distinguidos en la realización de la gesta revolucionaria (*La Nación*, 26 y 27, 11.56).

Pero, en fin, la más grave confusión es la producida con respecto al llamado a elecciones para autoridades nacionales. A esta altura de las declaraciones el país ignora a ciencia cierta cuándo se van a realizar éstas. Porque después de las declaraciones del Presidente hechas a las fuerzas armadas el 6 de julio, prometiendo llamar a elecciones generales *en el último trimestre de 1957, fecha en que recién estarán listos los padrones*, se hizo el anuncio del mismo señor Presidente en Tucumán con fecha 26 de octubre, anunciando que "la Revolución Libertadora ha decidido realizar elecciones nacionales de convencionales constituyentes, por el sistema de representación proporcional, *apénas queden listos los padrones y con anticipación a las elecciones de autoridades nacionales, provinciales y municipales*".

Es claro que estos dos anuncios no armonizan entre sí, como hemos explicado en nuestro editorial, *Camino de Fraude... y de Revolución*. Y el país tiene derecho a que se le explique su armonización, sobre todo después del comunicado del ministro de Ejército, hecho por radiotelefonía el 23 de noviembre último, en el que reiteraba que las elecciones para autoridades nacionales se efectuarían en el último trimestre de 1957, y, después del discurso del Vicepresidente de la Nación del 27 de noviembre en que se refería a la próxima reforma constitucional, como si ésta hubiere de efectuarse en el plazo indicado.

Porque entendemos que en caso de haber elecciones para constituyentes nacionales con anticipación a las elecciones generales, nadie, ni el gobierno, puede fijar previamente la fecha en que éstas se realizarían, pues se debe esperar a que la Convención se realice, delibere y legisle, siendo improcedente fijarle tiempo para estas funciones, cuya duración es imprevisible. Si se empleó siete largos meses en la discusión del Estatuto de los Partidos Políticos, ¿cuánto tiempo se empleará en debatir los graves problemas que atañen a la base constitutiva de la República?

Si el gobierno no aclara cómo han de realizarse ambos llamados a elecciones, no hay modo de entender cómo los dos son posibles si el llamado a elecciones nacionales se ha de efectuar en el último trimestre del 57, cuando recién estarán listos los padrones y el llamado a constituyentes se ha de realizar con anticipación a aquél. La confusión es inevitable. Y con la confusión, el desasosiego, y desasosiego en las fuerzas armadas que, en cierto modo, se han hecho garantes del cumplimiento de la promesa que el mismo gobierno les ha formulado el 6 de julio.

Por ello es ésta una confusión siniestra. Siniestra para la marcha pacífica del país. El gobierno aparece confundiendo a la ciudadanía, y para ello, confunde primero a las fuerzas armadas. ¿Qué sucede en un país cuando el gobierno se convierte en factor de confusión en el mismo plano de las fuerzas armadas? La situación no puede ser más siniestra, pues no queda sino una *salida sin salida* para salir de la confusión.

PRESENCIA.

BALCON

OCASO DE LOS MITINES

Algo que parece ya definitivamente concluído en la Argentina liberada son los actos públicos populosos. Ni los viejos ni los nuevos partidos, tanto los que bregan por la unión nacional desde la oposición, como los que reclaman desde el club consultivo el democrático degüello de la mayoría soberana, consiguen reunir, no ya masas entusiastas, sino, ni siquiera núcleos considerables de pacíficos oyentes. En una ciudad de cinco millones de habitantes, los más auspiciosos mitines no sobrepasan las cuatro mil personas y el fervor brilla por su ausencia.

Esta frigidez popular frente a las tribunas de todos los partidos, a primera vista significa un loable fenómeno de despolitización, lamentado desde luego por los diversos grupos ideológicos. Al cerrar el debate electoral en la Junta Consultiva, el vicepresidente provisorio se refirió al "escepticismo popular, verdadero cáncer del civismo argentino" (*La Prensa*, 28.XI.56). Pero yerraría quien viera necesariamente aquí una muestra de poderío peronista póstumo, pues la asistencia obligatoria invalidaba el éxito de los antiguos actos. Sin olvidar que a muchos peronistas les resultaba fastidioso concurrir a la fuerza a sus propias concentraciones.

Cuántos partidos políticos habrían deseado contar con el aporte humano que hace muy pocas tardes desfiló ruidosamente por las calles del Sud, con paraguas azules y matracas, camiones, clarines y largas cintas, celebrando la victoria final del Club San Telmo y su promoción a algún rango (desconocido por nosotros) del deporte argentino.

DEFENESTRACIÓN

Con subconciente vocabulario monárquico, el "profesor" Américo Ghioldi acaba de llamar patéticamente "defenestración" a su brusco alejamiento del timón del semanario "La Vanguardia" y su reemplazo por doña Alicia Moreau de Justo, exponente femenino de la alarmante longevidad socialista. Confiamos en que los nuevos artículos de fondo se asemejarán a las celebradas intervenciones orales de la misma señora en el seno de la Junta Consultiva.

Sobre el alejamiento del compañero Ghioldi —hecho que produjo honda consternación en el Barrio Parque— circularon en medios periodísticos las siguientes hipótesis: 1) Pese a su avanzada edad mental, era hombre demasiado joven para el cargo. 2) Bajo su gobierno, "La Vanguardia" conquistó multitudes de patrones. 3) Ghioldi pasaría a dirigir la revista "El Bien Raíz". 4) El ex-director es sospechado de criptofrondizismo, que disimularía mediante sutiles artículos contraproducentes. 5) El clamoroso aumento de su popularidad personal al invocar a Marx en Plaza San Martín. 6) Variante de la anterior. Ghioldi sería designado muy pronto ministro plenipotenciario en Budapest. 7) Al defenestrado no le quedaba tiempo para atender las numerosas cátedras universitarias con las que resultó favorecido en concursos cristalinamente puros. 8) Variante de la anterior. Ghioldi necesita cumplir cursos acelerados a fin de lograr algún título universitario para oponer a la general indignación de los alumnos de Filosofía y Letras. 9) La nota *"La Vanguardia" contra la Flota de Mar*, publicada en el *Balcón* del Nº 63 de PRESENCIA, impresionó vivamente al Comando de Operaciones Navales.

(Desechamos, por inverosímiles, muchas otras versiones que también pretenden explicar el flamante matriarcado de que goza "La Vanguardia".)

JULIO C. BELLO GALLICO.

CRISTOCENTRISMO

ILEGITIMIDAD DE UN HUMANISMO CRISTIANO

Autonomía

El término "autonomía" está, indudablemente, a la orden del día y se insiste tanto en él que se olvida su significado esencial que ha de repugnar a una conciencia cristiana. Podríamos distinguir un sentido lato que es perfectamente utilizable y otro sentido estricto que creemos superado por el Cristianismo. En efecto, si por autonomía entendemos la simple libertad de elección, raíz de la verdadera libertad, empleamos el término en un sentido muy lato y diríamos que poco ajustado a la significación esencial de ese nombre pues la libertad, para el cristiano, termina siendo libertad respecto del pecado *(libertas a peccato)*, libertad que se alcanza por la gracia que nos hace totalmente de Dios suprimiendo toda autonomía absoluta. En cuanto cristianos somos libres con la única libertad posible al hombre, la que implica su servidumbre a la justicia por su asumpción por la gracia. No hay pues autonomía. Por eso decíamos que cuando se declara, por ejemplo, que los católicos son libres y responsables en sus actividades autónomas, estas actividades se denominan "autónomas" en el sentido lato y común del diario uso, de libertad de elección.

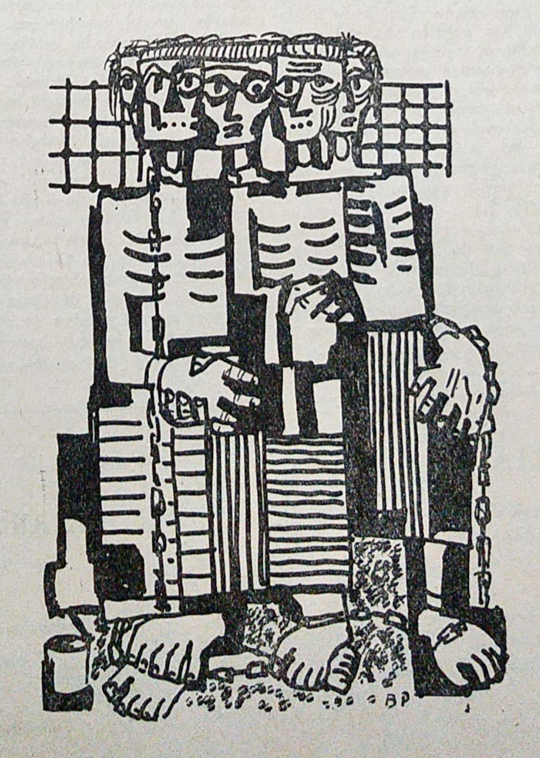
Pero veamos qué sentido esencial tiene este término "autonomía". El nombre griego *autosnomía* se compone del pronombre *autós* (mismo, yo mismo) y del verbo *némo* (yo gobierno, rijo o poseo); de modo que *autosnomía* se emplea como equivalente de "yo soy mi propio gobierno", en el sentido de que soy quien se rige solo, yo me autoposeo; lo que implica decir que soy, en definitiva, mi propia ley. Idénticamente, la *autosnomía* como atributo de una sociedad, por ejemplo, significa que esa sociedad es y se da su propia ley con exclusión de toda otra ley superior a ella misma; la autonomía implica entonces una absoluta autosuficiencia o libertad plena que nada admite por encima de ella misma. Nada hay que sea ley más allá de sí misma. Naturalmente, este concepto de autonomía no puede ser aceptado por un cristiano pues, en última instancia, él es la misma negación de toda autonomía como ya veremos más adelante. El Estado pagano tenía sí esta *autosnomía* porque el bien común para la pólis griega era un absoluto más allá del cual no había una *ley* superior. Por eso, al Estado pagano se le aplica propiamente la adjetivación del término autonomía: era pues *autós-nómos*. Es ilustrativo recordar aquí palabras de San Pío X en su *Notre charge apostolique*, 13, quien condena la siguiente doctrina: "El primer elemento de esta dignidad (humana) es la libertad, entendida en el sentido de que todo hombre, excepto en materia de religión, es autónomo". Y para el hombre cristiano no hay ninguna autonomía posible como no sea utilizado el término autonomía en el sentido lato de elección de los medios. Frente a la *autosnomía* griega y frente a la autonomía liberal, él opone su propia *dependencia* de la gracia por la que es verdaderamente libre.

Redención y autonomía

Basta pensar un momento en el hecho máximo de la historia universal, que siempre en el fondo es historia sacra, para que nuestra concepción del hombre cristiano excluya de él la autonomía de la vida. Desde el momento de la creación, simultánea con el comienzo del tiempo y aún antes de este momento *(kairós)*, todo lo que hay, todo lo que iba a haber, era y es por el Verbo en cuya virtud se crearon todas las cosas. Todo aparece pues como transido por el Verbo pues todas las cosas fueron hechas por El, *pántadi autoú egéneto* (Ion., 1, 3). "Todas las cosas", es decir, desde los ángeles pasando por el hombre hasta la naturaleza inanimada puesta bajo el dominio del hombre. Como ha observado Guardini, esta creación está precedida por una nada "pura y transparente", nada respecto del mundo creado, ausencia de causa material; anteriormente a la creación por el Verbo está pues la pura eternidad divina; observemos que al final del tiempo de la historia, es decir, cuando se llegue al último instante o momento *(kairós)* del mismo, "no habrá ya más tiempo", *óti chrónos oukéti éstai* (Apoc., 10, 6); sólo quedará la eternidad por delante. Por eso hemos afirmado y desarrollado en otro lugar que la historia se mueve de la eternidad a la eternidad y que el tiempo de la historia está en el ámbito de la eternidad. Entonces quiere decir esto que el hombre era *todo* de Dios, sin autonomía, poseedor de un grado supremo de libertad concebida como libre servidumbre a su Señor. Al aparecer el pecado, el hombre quiere romper esta dependencia original y ontológica para fundar su reino autónomo; esta "mirada reflexiva de la creatura sobre sí misma" que rompe la esencial referencia a Dios-Creador, se comporta como un acto de Verbicidio en cuanto el pecado abre un hueco en el ser, tiende a su destrucción; lo que equivale a la destrucción de la verdad del ser y de su último fundamento que es la Verdad del Verbo por quien han sido hechas las cosas verdaderas. Entonces, el mal que rompe la armonía de la justicia original se comporta como esta *nada* impura y opaca que arrastra al hombre a una carrera progresiva hacia la muerte, hacia la nada absoluta. Desde ese momento, la historia del hombre es también la historia de una tendencia incoercible hacia la muerte, hacia la destrucción del ser, de la verdad y su supremo Fundamento. Esta es la muerte del hombre, muerte incoada en cada instante de la vida. El supremo acto de autonomía no es otra cosa que el primer pecado. Y el pecado se comporta como un abismo de nada que nunca es efectivamente alcanzada; por eso hemos llamado a esta nada del pecado, abismo desfondado. Equivalente a autonomía. Aquí el hombre ha querido cumplir plenamente la *autós-nomía* de la vida, él es su propio gobierno, se rige a sí mismo, se da su propia ley.

Este estado de espantosa miseria es asumido absolutamente por el Verbo en el momento de su Encarnación (aunque no tenga pecado). El pecado supera de tal modo al hombre que en cierta manera lo aniquila; pero, según observa Santo Tomás de Aquino (*Comp. Theol.*, 199), no podemos olvidar que el hombre había sido creado para la suma felicidad y, si no fuera *reparado*, podríamos decir que la misma obra divina quedaría trunca, frustrada. El de Aquino no duda entonces en presentar la reparación y restauración de la naturaleza caída como una verdadera necesidad pues si bien el hombre antes del pecado no estaba confirmado en el bien, después del pecado tampoco estaba definitivamente confirmado en el mal. Era pues preciso un *medio* para esta restauración que no podía ser el hombre ni el ángel sino sólo Dios. Esto nos lleva directamente a la Encarnación del Verbo porque Dios no podía ser sujeto de satisfacción por no hallarse sometido a otro superior a Él, ni tampoco podía serlo un hombre por santo que fuese cuya naturaleza se hallaba vulnerada; no queda más medio que la Encarnación de Dios en la que el Verbo asume *toda* la naturaleza humana, de tal modo que el hombre vuelve a su principio por el Verbo y así se acaba la obra de la creación. En la persona del *Lógos* encarnado es asumida toda la naturaleza humana, con estos huesos, esta carne, estos nervios, estas pasiones, estos pelos y estas uñas. Nada queda fuera de la Redención, obra eminentemente divino-humana. Nada queda de la maligna autonomía del hombre.

El único medio para esta restauración es el *amor* y, por el amor, Cristo debe descender hasta esta nada desfondada del pecado en la que se había sumido el hombre autónomo. Cristo tuvo que "hacerse pecado", *amartian epoiesen* (II Cor., 5, 21), descendió a las tinieblas de la muerte; pero no hasta esta nada insuficiente que aniquilaba al hombre, quien por su propia pequeñez jamás podría haber llegado al fondo de la misma; Cristo descendió *hasta el fondo mismo* de la nada del mal; esto nos recuerda las tremendas palabras de Romano Guardini: "El aniquilamiento es tanto mayor cuanto más grande es el ser a quien anonada. Nadie ha muerto como Jesucristo, porque era la misma vida. Nadie ha expiado el pecado como El, porque era la misma pureza. Nadie ha caído tan hondo en la nada —hondura terrible evocada en las palabras: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"... Descendió pues "a los infiernos" en un sentido que de puro profundo es inexpresable; a los infiernos, reino de la nada maligna" (*El Señor*, II, 170). Pues bien: desde este abismo donde había caído el hombre pero a cuyo fondo no podía llegar, desde allí, es decir, desde las mismas raíces de la existencia, el Verbo restauró la naturaleza caída. Nada del hombre, absolutamente nada es ya



Todos son iguales en el paraíso soviético

autónomo; *todo*, absolutamente todo, es *dependiente* y *asumido* por el Verbo. Él es el centro de la historia universal y es el centro de la vida del hombre; habita en su interioridad más profunda, más íntima que lo más íntimo del hombre.

Cristocentrismo

No hay pues lugar a autonomía. Para este hombre salvado, todo se resuelve en un *Cristocentrismo*. Lejos de existir una mirada reflexiva de la creatura sobre sí misma, hay una referencia de toda sí misma al Verbo; no es más su propio *nómos*. Es todo del Verbo hecho carne y no reconoce el hombre cristiano ningún plano de la realidad, ningún género de actividad suya, actividades que van desde las religiosas a las políticas y culturales, que escapen a esta *referencia esencial*, o, para decirlo mejor, a esta *dependencia esencial*. Ningún plano de actividad del hombre, para el cristiano, puede ser ya autónomo. El punto de mira no es Dios simplemente como se ha dicho, sino *Cristo;* nada está referido al hombre y así queda excluído el antropocentrismo que alcanzó su grado supremo en el pecador no redimido todavía. Tampoco se establece un abstracto teocentrismo, sino un Cristocentrismo fuera del cual la vida no tiene sentido. Parece pues una perogrullada decir que el Cristianismo es Cristocéntrico. Pero no está de más recordarlo ahora. Lo dicho no significa que el hombre se ignore a sí mismo, sino que su autoconocimiento, para llegar a ser conocimiento profundo y verdadero de sí mismo, está referido a Aquél que habita en la secreta interioridad del hombre mismo. Y esta referencia es esencial; *sin* la cual, excluímos el hecho mismo de la Redención por Cristo y así, su presencia en nosotros. Es lo que hace un humanismo que proclama una cristiandad laica o profana, es decir, *sin Cristo*. Por eso creemos que entiende mal Martín Buber a San Agustín cuando le da un valor exclusivo a la preocupación del Santo por la naturaleza humana, traducida en la célebre frase: *quid ergo sum, Deus meus? quae naturae mea?* (*¿Qué es el hombre?*, 29). San Agustín encuentra precisamente lo que él es, en Cristo, el Maestro que interiormente le ilumina. *Mira* hacia sí mismo, no por una reflexión pura y autónoma, sino porque mirando dentro de sí, encuentra aquello que le trasciende y le asume, le eterniza y le diviniza: Cristo.

Fácil es ver entonces que no puede un cristiano decir: "Pero ciertas actividades del hombre en lo temporal, en el mundo, son siempre autónomas". Si se entiende por ello solamente la libertad de elección por la cual yo puedo, por ejemplo, militar en éste o en este otro partido, no hay dificultad y asumo la responsabilidad de mi elección. Pero esto es esencialmente insuficiente para fundar un "humanismo" desde el momento que todo ello no establece una auténtica *autós-nomía;* pues cualquiera de esas actividades del hombre ha sido asumida por la Redención y nada *del* hombre, ni espiritual ni temporal, deja de depender esencialmente del Verbo que se comporta como el centro de todo su ser. Cristo ha redimido no solamente mi alma, sino mi cuerpo, mi carne, mis huesos y nada temporal escapa a ello. Si admitimos que alguna actividad temporal del hombre cristiano es autónoma (en sentido estricto), entonces admitimos que la Redención no alcanza *a todo lo que es* y la obra de la creación queda trunca; la misma Encarnación se vuelve inútil pues Cristo habría asumido la naturaleza humana innecesariamente. Se ve ahora lo que debe pensarse de un "cristianismo laicizado", o de una cristiandad "no sacra sino profana"; lo laico, lo profano, es decir, lo laico puro y lo profano puro, para un cristiano, no tienen sentido porque como tales escapan (al menos de intención) a la obra redentora. Lo laico y lo profano, si se llaman "cristianos", tienen necesariamente que serlo *sin* Cristo, pues su cristianismo es pura denominación extrínseca que jamás podrá hacerlos verdaderamente cristianos. Lo cristiano se comporta como una etiqueta adherida extrínsecamente. Lo laico y lo profano han perdido entonces su dependencia y referencia esencial al Verbo como a su *centro* mismo y quedan ahí autónomos, siendo para sí su propio *nómos*, a pesar de su declarado cristianismo (sin Cristo); tal es la "autonomía de lo temporal" proclamada por el filósofo del *Humanisme intégral* (H. I., 174) [1].

Se equivocaría quien nos reprochara que no hacemos la necesaria distinción entre lo temporal y lo sobrenatural. Si hablamos del hombre *cristiano*, entonces, lo que debe ponerse de relieve es que lo temporal no porque deba distinguirse de lo sobrenatural resulta autónomo. Ese es el objeto principalísimo de nuestras reflexiones. Por eso, si bien no debemos comprometer a lo sobrenatural con las cambiantes formas de lo temporal y mucho menos establecer una exigencia de lo temporal por lo sobrenatural, pues caeríamos en la tesis opuesta que consiste en sostener que lo sobrenatural puede "naturalizarse", no por eso hemos de creer que debido a esa necesaria distinción, lo temporal se autonomiza. También ha sido redimido lo que hay de temporal en el hombre y el mismo mundo físico que le acompañó en su Caída, que participará con él de la glorificación final cuando esta tierra y estos cielos sean transfigurados en "un nuevo cielo y una nueva tierra" (Apoc., 21, 1). En definitiva, para el hombre cristiano, nada escapa a la asumpción por el Verbo y, en consecuencia, nada puede erigirse (pretendiendo permanecer cristiano) en verdadera autonomía [2].

No puede, por tanto, haber un humanismo cristiano y resulta contradictorio en los términos porque para que haya humanismo es preciso que lo humano como tal reconozca una autonomía. Cristo no ha destruído nuestra naturaleza humana, pero la ha sobreelevado más allá de lo humano mismo y más allá de toda autonomía posible. No es exacto ni es cristiano hablar de un humanismo "cristiano" porque o es humanismo o es cristiano. Yo, en cuanto cristiano, soy todo de Cristo; no es Cristo *sólo para mí*, sino *yo todo para Él*. Si como se ha dicho, la gracia eleva, no destruye la naturaleza, esta *elevación* de la naturaleza, hace que el cristiano sea *divinizado;* que, en cierta manera, comience a *ser Dios*. Para que fuese posible un humanismo cristiano, sería necesario que el hombre no fuese "elevado" por la gracia *más allá* de todo lo puramente humano-natural. Cuando decimos más allá de lo humano natural, no decimos entonces que lo humano y lo natural sean *abandonados*, sino precisamente lo contrario: "más allá" debe entenderse aquí como una asumpción de todo él por Cristo, como la *salvación* misma de lo humano-natural. Y, en tal caso, lo único posible es un *Cristianismo*, no un humanismo [3]. Preferiríamos simplemente hablar de Cristianismo porque esta palabra se ajusta exactamente a lo que queremos expresar; pero como es tan obvia puede (por rara paradoja de la mente humana), no parecer clara; y proponemos *Cristocentrismo* como denominación de esta doctrina.

Todo humanismo, aunque sea destructivo de sí mismo, debe ser antropocéntrico como lo es el humanismo moderno desde Ficino hasta Sartre, en el cual hay una real exclusión de la Redención por Cristo. Un humanismo "cristiano", "teocéntrico", sencillamente no existe porque en el Cristianismo lo humano (como ya dijimos) ha sido asumido a un plano superhumano y divino. Lo humano ha sido salvado porque ha sido llevado más allá de lo humano mismo. En el "humanismo integral teocéntrico" se trata siempre de una relación personal del hombre a Dios y de Dios al hombre, debido a la doctrina metafísica que lo sustenta, que es la primacía de la persona sobre el bien común. Si el bien y la dignidad de la persona es superior al bien común, Dios es bien *personal* antes que nada; y si lo es, se establece una relación absoluta del hombre al Tú divino, relación que no es transeúnte al prójimo y que, a primera vista, parece estar apoyada en la persona que apetece a Dios en razón de bien personal, suyo. Pero entonces, si vemos en el fondo del problema, aunque se proclame un humanismo teocéntrico, en realidad se lleva una actitud antropocéntrica inevitable que es la necesaria referencia a la persona; el personalismo se reduciría así a un antropocentrismo enmascarado. Podría decirse que la consecuencia lógica es doble: a) El único humanismo auténtico es el humanismo antropocéntrico y no-cristiano. b) El llamado humanismo teocéntrico lleva un antropocentrismo enmascarado.

Por todo ello resulta congruente que, en realidad, a pesar del declarado teocentrismo haya en el fondo una afirmación subrepticia de que el hombre es el centro de todo a quien todo ha de ordenarse; es lo que se afirma entre nosotros al declarar que "El hombre es lo único eterno en la Creación; todo pasará, él no pasará nunca. Por ello es el centro de todo"; esta afirmación de una organización política argentina nos lleva a la comprobación práctica de la veracidad de la doctrina que hemos tratado de exponer. Sin tener en cuenta la declaración de que el hombre es lo único eterno en la creación (sic), decir que "todo pasará, él no pasará nunca", es ra-

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes

Dirección y Administración

Independencia 1194 — Buenos Aires

Tipografiado, impreso y encuadernado, personalmente, por Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. As.

Precio del ejemplar .... $ 3.—

Suscripción anual .... $ 60.—

dicalmente falso y no-cristiano desde que la Redención alcanza, como hemos dicho antes, también a la naturaleza inanimada que no pasará sino que se eternizará en la nueva tierra de la ciudad celeste. ¿O es que se afirma que la Redención alcanza solamente al alma del hombre? El hombre no es el centro de todo. El centro de todo es el *Lógos* encarnado, Cristo. Decir que el hombre es el centro de todo, es reconocer inconcientemente que hay un humanismo antropocéntrico en la base. Y eso no es cristiano.

Intentar un medio entre el humanismo antropocéntrico y el Cristianismo es como intentar un hombre-medio entre el hombre terrestre y el celeste de San Pablo, entre el hombre viejo y el hombre nuevo; es cierto que todas las cosas son del hombre, pero lo son en cuanto el hombre mismo no se posee, en cuanto él mismo es todo del Verbo: "ya sea el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya las cosas presentes, ya las venideras, todo es vuestro; mas vosotros de Cristo, y Cristo, de Dios" (I Cor., 3 22-23). Sobre todo, no olvidemos lo último: *pánta umón, umeís dè Xristou, Xristòs dè Zeou.*

ALBERTO CATURELLI.

[1] Como se ve, un cristiano no puede conciliar lo totalmente laico, lo totalmente profano con lo estrictamente religioso, *en el sentido* en que lo ha hecho hace poco una agrupación política que afirma esta sentencia monstruosa: "El *falso planteo* es oponer a enseñanza *religiosa*, enseñanza *laica*".

[2] Fíjese el lector que no caemos en la afirmación "trágica" de un nihilismo cristiano que, por decirlo así, nadifica las cosas terrenas sustrayéndoles todo valor y transportándolo a Dios, el absoluto, único y eterno valor. Por el contrario, vemos que las cosas terrenas *participan* no sólo de la Verdad del Verbo, sino de la Caída del hombre, de su redención y de su gloria final. Más bien decimos que el cosmos es *sacro*.

[3] Se podrían ofrecer muchas definiciones de "humanismo", pero todas coinciden en lo esencial (si se trata de autores cristianos). Así, por ejemplo, para citar un autor a mano del lector argentino, el P. Gerald Walsh, S. J., dice que humanismo es "la idea de que un ser humano aspira a obtener, durante la vida, un cierto grado de felicidad humana" (*Humanismo medieval*, p. 15, trad. Palacio, Espiga de Oro, Bs. As., 1943); agrega a renglón seguido "que la felicidad ha de buscarse de manera humana". En realidad, tenemos como insostenible la tesis del libro de Walsh cuyo solo título es contradictorio; ni el mismo Maritain aceptaría la existencia de un humanismo medieval. Si tratáramos de ensayar por nuestra cuenta una definición del humanismo, diríamos que es el *desarrollo de las potencias del hombre como hombre.* En el fondo, esta definición coincide con la del P. Walsh. Lo que tratamos de probar es que tal humanismo no puede ser cristiano, pues "el hombre como hombre", al ser *asumido* por la gracia, se ha divinizado y en modo alguno (so pena de no ser cristiano) ha de buscar la felicidad —como dice Walsh— "de manera humana". Nosotros diríamos "que la felicidad ha de buscarse de manera *cristiana*" o, lo que es igual, *divina.*

BOLCHEVIQUES EN LA UNIVERSIDAD

Mientras el gobierno *teóricamente* plantea la lucha anticomunista a través de nuevos organismos oficiales, el Partido Comunista *prácticamente* va desarrollando su política disociadora y antiargentina a todo lo largo y ancho de la patria.

De muy poca efectividad han resultado hasta ahora, las denuncias de movimientos colaterales del P. C. hechas por intermedio del Ministerio del Interior. La intención es buena, el sentimiento que la inspira es plausible, pero, en la realidad, todo ello confunde más a la opinión pública, que no alcanza a ver muy clara la peligrosidad del comunismo a través de comunicados sintéticamente concebidos en cuanto al acopio documental se refiere y poco enérgicos en cuanto a medidas represivas se trata. Cuando el mundo está a punto de arder por sus cuatro costados, como consecuencia del avance vertiginoso del imperialismo soviético, todavía se anda aquí con paños tibios para denunciar, aplastar y destruir la Quinta Columna bolchevique. La opinión sana del país, aquella que constituye el baluarte defensivo de nuestro acervo y destino histórico, aquella que se levantó, unida y corajuda contra el nacionalismo marxista de Perón, ve con inquietud que el gobierno no acciona como debiera frente a su peor enemigo, *que es la izquierda en general y el comunismo en particular. La ilegalidad del P. C. no es todo.*

Izquierda y comunismo son sinónimos de un mismo concepto político, económico, social y cultural que se define con una sola palabra: *marxismo.* Marxismo no sólo significa *comunismo,* sino también *socialismo* y, en nuestra época, avanzada en cuanto a proceso filosófico y experiencia científica, incluso *liberalismo.* Los católicos entendemos bien este problema porque le planteamos soluciones en función ética, espiritual, ajena a toda salida transaccional con cualquier forma de materialismo, aunque este nos venga disfrazado de demócrata cristiano alguna vez. Marxismo y Catolicismo no tienen ningún punto de contacto y marcan las antípodas de la concepción existencial de la persona humana.

Sacrílegos son aquellos católicos que se avienen a estrechar la mano tendida por los marxistas y que, muchas veces, se prestan a integrar el circo farisaico cuya carpa levantan los serviles amanuenses del Kremlín y desde cuya pista hacen mil payasadas y piruetas con la Paz, la Libertad, la Democracia, la Soberanía y la Religión de los pueblos. Esos católicos son arrianos "siglo XX".

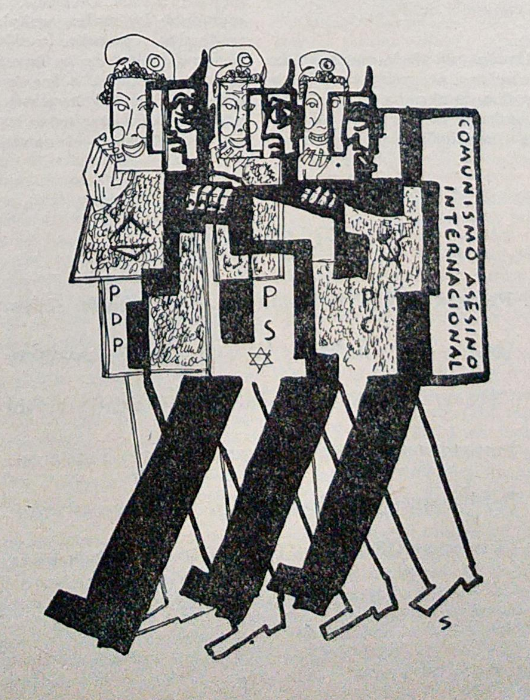
Las universidades y el marxismo

El P. C. en nuestro país se ha dedicado, en estos últimos tiempos, no sólo a perturbar la masa obrera urbana y provocar ficticios descontentos en la masa productora y trabajadora rural, sino que ha ido aún más lejos: *ha captado vastos sectores intelectuales de la clase media, y ha hecho de la universidad un almácigo de equipos disolventes tan pugnaces y solícitos cumplidores de sus consignas que, no caben dudas, de allí obtiene la mejor materia prima para constituir sus células juveniles de agitación y propaganda.* Mientras el liberalismo y el socialismo, por ejemplo, desvían la atención del pueblo y el gobierno hacia sus sectarios debates laicistas, *el comunismo actúa en la universidad reuniendo elementos del más típico izquierdismo "compañero de ruta".* Al comunismo no le interesa, *momentáneamente,* el éxito burocrático de los socialistas en la enseñanza primaria y media porque sabe que, *al final,* cuando llegue la hora de la definición de posiciones, el comunismo se impondrá, aún siendo minoría, *por la vía indirecta del frente liberal-marxista que siempre le allana el camino al poder.* Al intelectualismo canijo de los liberales y la facilidad para el aburguesamiento de los socialistas, el comunismo opone su fanatismo ideológico, su falacia doctrinaria, su disciplina de hierro, su terrorismo sangriento y su frialdad conductora. Ningún movimiento comunista triunfó jamás por los medios lícitos de la democracia liberal, sino que lo hizo por la *vía indirecta* de sus ocasionales amigos o aliados demócratas o socialistas. Esa *vía indirecta* se llaman Benes, en Checoeslovaquia, o Kerensky, en Rusia. La historia contemporánea nos ha dado muchos ejemplos, por todos conocidos, para que insista en proporcionar más nombres y datos.

¿Quiénes fueron los que les abrieron de par en par las puertas a los comunistas para llegar al poder? ¿Los obreros? ¿Los campesinos? ¿Los militares? No. Ninguno de estos tres estamentos societarios fueron motor y polea que dieron la fuerza propulsora a la maquinaria bolchevique. Motor y polea fueron los *intelectuales.* Los intelectuales que el P. C. de cualquier país usa a discreción para llevar al triunfo sus perversos fines, y a los que luego sacrifica sin piedad porque, en ninguna se cumple tan inexorablemente aquello de que "toda revolución devora a sus propios hijos", como en la comunista.

¿Cuál fué siempre, dentro del Estado liberal, el foco irradiante de la subversión marxista y comunista?: La Universidad.

La Universidad es el más preciado cuartel general para los bolcheviques. Tanto es así, que el P. C. (b.) Ruso creó la Universidad de los Pueblos de Oriente para preparar a sus equipos de *revolucionarios profesionales* y desparramarlos por todos aquellos lugares que conforman una realidad colonial o semicolonial. En la Universidad de los Pueblos de Oriente estudiaron Mao-Tse-Tung y muchos de los actuales comandos de rebeldes argelinos y del mundo árabe y negro, en general. Stalin sostenía: "La tarea de la Universidad de los Pueblos de Oriente consiste en forjar en ellos a verdaderos revolucionarios, armados con la teoría leninista, dotados de la experiencia



¡Sacarse la caretita, corderitos!

práctica del leninismo y capaces de cumplir a conciencia las tareas inmediatas del movimiento de emancipación en las colonias y países dependientes". (*El Marxismo y el Problema Nacional y Colonial*, pág. 265, Editorial Problemas, Buenos Aires, 1946). Stalin, en el discurso pronunciado en la Asamblea de Estudiantes de la Universidad Comunista de los Trabajadores del Oriente (U.C.T.O.), el 18 de mayo de 1925, da cuenta de las "tareas inmediatas del movimiento revolucionario en los países coloniales y dependientes", que deben cumplir los graduados en aquella Universidad: "1º Conquistar para el comunismo a los mejores elementos de la clase obrera y crear Partidos Comunistas independientes; 2º Crear un bloque nacional-revolucionario de obreros, campesinos e intelectualidad revolucionaria, contra el bloque de la burguesía conciliadora nacional y el imperialismo; 3º Asegurar la hegemonía del proletariado en este bloque; 4º Luchar por liberar a la pequeña burguesía rural y urbana de la burguesía nacional conciliadora; 5º Asegurar la compenetración del movimiento de emancipación con el movimiento proletario de los países avanzados". (*Obra citada, pág. 264*). Estos pasos tácticos y estratégicos fueron muy especialmente especificados por Stalin, en aquella ocasión, para Marruecos, China, Egipto e India. Más tarde, ante el éxito de la aplicación revolucionaria de los mismos, la misma *tarea* se convierte en táctica y estrategia para los países de Latinoamérica. La tesis *antiimperialista nacional-patriótica del Frente Democrático-Nacional* que Stalin dicta más arriba, Victorio Codovilla la desarrolló extensamente en las "Jornadas de Educación Comunista" llevadas a cabo en 1948, y dadas a conocer en un volumen titulado *¿Hacia dónde marcha el mundo?*, de 480 páginas bien nutridas, impreso por Editorial ANTEO. En ese tomo, página 417, Codovilla expresa: "Por eso, nuestro Partido continúa buscando sus aliados en las organizaciones obreras y campesinas —*sean cuales fueran* sus dirigentes— en los sectores democráticos del movimiento peronista y en aquellos sectores del Partido Socialista, de la Unión Cívica Radical, del Partido Demócrata Progresista y en algunos partidos provinciales —y también en los elementos *sinceros* del nacionalismo—, es decir, que busca sus aliados entre todos los que —hombres y partidos— estén dispuestos a luchar contra el imperialismo angloyanqui y sus sirvientes "nacionales" y los avances de la reacción clerical fascista".

Creo que Codovilla y el P. C. trabajaron muy bien sobre *aquella línea*, desde 1948. Los resultados los vemos hoy, en que aquel gran *frente de las izquierdas* propuesto está en vías de concretarse, posiblemente por *vía indirecta*, ya sea por intermedio de una candidatura presidencial radical intransigente, o una coalición demócrata-progresista-socialista-comunista - independiente, como ya vimos en 1931 y en 1946.

Qué pasa aquí

He querido exponer este tema, que es de candente actualidad, por dos razones. La primera, porque llama la atención que el gobierno nacional —que posee pruebas en su poder, según los informes dados a conocer sobre composición, autoridades y adherentes del *Movimiento de los Partidarios de la Paz, Liga Argentina por los Derechos del Hombre, Unión Mujeres Argentinas y Casa Argentina de la Cultura*— no haya iniciado *ya la desbolcheviquización* de la Universidad, exigiendo las renuncias, o simplemente dejando cesantes, a conocidos colaboradores del imperialismo soviético y el Partido Comunista, que ejercen cátedras y puestos de gran importancia rectora en la docencia superior. La segunda, porque hemos visto con estupor que del 7 al 14 de octubre sesionó en La Plata la *Segunda Convención Nacional de Centros de Estudiantes de Ingeniería*, con asistencia de 140 delegados de los CEI. Como dice "*Nuestra Palabra*", órgano del Partido Comunista, en su edición del 7 de noviembre de 1956, página 3, fué "una importantísima muestra de la combatividad y del sentimiento antiimperialista y antioligárquico de la juventud universitaria argentina, ha sido dada recientemente". Participaron de dicha Convención —según "Nuestra Palabra"— el Ing. Alberto T. Casella, rector de la Universidad de La Plata; Ricardo M. Ortiz, que acaba de llegar de los países de Europa Central y Oriental y de la URSS; Felipe Freyre, que también viajó a la URSS, en 1952; Juan Sábato; Isidro J. Odena, ex-colaborador de la revista comunista "Argumentos", que dirigía Rodolfo Puiggrós; Paulino González Alberdi, ex-director del diario "La Hora", del P. C. y actual miembro del Comité Central del P. C. y Jaime Fuchs, que actúa en los equipos de estudios económicos y financieros del P. C.

Demás está decir que *todas* las resoluciones *se inspiraron* en aquellos cinco puntos que expuso Stalin y siguiendo *la línea* "antiimperialista y antioligárquica" impuesta al P. C. por Codovilla, cumpliendo órdenes de Moscú.

Pero, esto no es todo. Durante los días 12, 13 y 14 de octubre, convocada por ARUBA (Agrupaciones Reformistas Universitarias de Buenos Aires) se reúne la "Primera Convención Nacional de Agrupaciones Reformistas de Vanguardia". Entre las representaciones se destacan la Tendencia Estudiantil Marxista (TEM), los delegados de la "lista Oro" del gremio gastronómico y la "lista blanca" del gremio aceitero. La reunión tuvo lugar en Buenos Aires. Según "*Revista del Mar Dulce* — Una Voz Estudiantil", Nº 5, octubre 1956, página 12 (revista de indudable línea marxista) "el temario de hondo interés *político* y universitario, fué discutido dentro del amplio margen de las tendencias representadas". Nótese que he subrayado la palabra *político*; es evidente que lo político interesó más que lo universitario. El comunismo sabe actuar *con suma habilidad*.

Prosigue "Revista del Mar Dulce": "*a*) *Informes de la situación nacional*: en este punto fué donde repercutieron las profundas divergencias que dividen a los movimientos de izquierda. *Giraron las discusiones alrededor del papel que se le acuerda a la pequeña burguesía frente al proletariado*. Dos posiciones se manifestaron: aquélla que postula la participación de la pequeña burguesía y la burguesía industrial en la lucha antiimperialista, *realizando como paso previo a la revolución socialista, la revolución democrático-burguesa*. Se basó este criterio en la caracterización semifeudal del agro argentino. La otra tendencia fué la que negó como paso previo la revolución democrático-burguesa, postulando que la pequeña burguesía se fracciona durante la crisis, y mientras un sector acompaña a la reacción, el otro se une al proletariado superando su posición de clase. Definen así como capitalistas los medios agrícolas de producción *y postulan la colectivización del campo y no la reforma agraria, que tiende a la consolidación de la pequeña burguesía*. Pese a estas disenciones, todas las tendencias definieron al movimiento de setiembre como el golpe de Estado en que se produce el ascenso de la oligarquía al poder, con su consiguiente política de entrega al imperialismo, y la represión del movimiento obrero y de avanzada. *b*) *Lucha antiimperialista*: Aunque surgen en este punto divergencias en cuanto a si el país está subordinado al imperialismo inglés o al norteamericano, *se coincide en la necesidad de una lucha conjunta y consecuente*. *c* y *d*) *Situación de la Universidad y del Movimiento Universitario*. Coinciden aquí las opiniones en la caracterización de la crisis de la enseñanza, y como camarillas cerradas los grupos que dirigen el movimiento universitario, que siguiendo posiciones de partidos oficialistas, frenan constantemente la combatividad del estudiantado. *e*) *Organización de una corriente estudiantil de vanguardia*: se concreta aquí la convocatoria a una Convención que tenga un carácter más amplio, en el momento en que alguna de las agrupaciones representadas juzgue que están dadas las condiciones objetivas para su realización. Mientras tanto se publicará un boletín informativo, con colaboraciones de las agrupaciones representadas y de aquellas que aunque ausentes sean avaladas por las agrupaciones convencionales en cuanto a su *tendencia progresista*, previo intercambio de declaraciones de principios".

Por todo lo expuesto, está claro que la Universidad, en Argentina, *está dominada por el espíritu marxista*, si bien, *numéricamente, los marxistas son minoría*.

La *desbolcheviquización* de la Universidad, para mí, *no hay que esperarla tanto del gobierno* —que tiene sus compromisos— sino *de los estudiantes mismos*. ¿Qué hace la juventud católica y patriótica argentina que no se une, —*ya que es mayoría*— y arroja a los enemigos de Dios y del país de claustros y centros estudiantiles? ¿O es que no significa nada la sangre católica derramada en Rosario, frente a las hordas comunistas? Está muy bien vivar a Hungría, con quien estamos todos unidos en su heroica lucha por la libertad, pero también sería muy bueno librar aquí la misma batalla contra el marxismo, pasando la escoba por la Universidad, los sindicatos, los partidos políticos, instituciones económicas, sociales, culturales y aún dentro de ciertos sectores del mismo gobierno. *Lo de Hungría comenzó hace exactamente un decenio, igual como vivimos hoy aquí*. El liberalismo laicista y jacobino le abrió las puertas al marxismo, que luego se corporizó en tiranía comunista, sostenido por las bayonetas y los tanques del imperialismo soviético. Hoy la única defensa húngara se simboliza en la Cruz y en el rifle que manejan manos católicas. El liberalismo, fracasado, se refugia en el silencio y la tierra de nadie, que se llama "neutralidad". Tengamos presente aquel dramático ejemplo.

ALBERTO DANIEL FALERONI.

SUMARIO